

Entre la palabra que esconde y el silencio que revela



Al principio Dios creó el cielo y la tierra. La tierra era algo informe y vacío, las tinieblas cubrían el abismo, y el soplo de Dios se cernía sobre las aguas. Entonces Dios dijo: “Que exista la luz”. Y la luz existió. Dios vio que la luz era buena, y separó la luz de las tinieblas; y llamó Día a la luz y Noche a las tinieblas. Así hubo una tarde y una mañana: este fue el primer día.

Dios dijo. “Que haya un firmamento en medio de las aguas, para que establezca una separación entre ellas”. Y así sucedió. Dios hizo el firmamento, y este separó las aguas que están debajo de él, de las que están encima de él; y Dios llamó Cielo al firmamento. Así hubo una tarde y una mañana; este fue el segundo día.

Dios dijo: “Que se reúnan en un solo lugar las aguas que están bajo el cielo, y que aparezca el suelo firme”. Y así sucedió. Dios llamó Tierra al suelo firme y Mar al conjunto de las aguas. Y Dios vio que esto era bueno. Entonces dijo: “Que la tierra produzca vegetales, hierbas que den semilla y árboles frutales, que den sobre la tierra frutos de su misma especie con su semilla adentro”. Y así sucedió. La tierra hizo brotar vegetales, hierba que da semilla según su especie y árboles que dan fruto de su misma especie con su semilla adentro. Y Dios vio que esto era bueno. Así hubo una tarde y una mañana: este fue el tercer día.

Dios dijo : “Que haya astros en el firmamento del cielo para distinguir el día de la noche ; que ellos señalen las fiestas, los días y los años, y que estén como lámparas en el firmamento del cielo para iluminar la tierra”. Y así sucedió. Dios hizo los dos grandes astros - el astro mayor para presidir el día y el menor para presidir la noche - y también hizo las estrellas. Y los puso en el firmamento del cielo para iluminar la tierra, para presidir el día y la noche, y para separar la luz de las tinieblas. Y Dios vio que esto era bueno. Así hubo una tarde y una mañana: este fue el cuarto día.

Dios dijo: “Que las aguas se llenen de una multitud de seres vivientes y que vuelen pájaros sobre la tierra por el firmamento del cielo”. Dios creó los grandes monstruos marinos; las

diversas clases de seres vivientes que llenan las aguas deslizándose en ellas y todas las especies de animales con alas. Y Dios vio que esto era bueno. Entonces los bendijo, diciendo: “Sean fecundos y multiplíquense; llenen las aguas de los mares y que las aves se multipliquen sobre la tierra”. Así hubo una tarde y una mañana: este fue el quinto día.

Dios dijo: “Que la tierra produzca toda clase de seres vivientes: ganado, reptiles y animales salvajes de toda especie”. Y así sucedió. Dios hizo las diversas clases de animales del campo, las diversas clases de ganado y todos los reptiles de la tierra, cualquiera sea su especie. Y Dios vio que esto era bueno.

Dios dijo: “Hagamos al ser humano a nuestra imagen, según nuestra semejanza ; y que le estén sometidos los peces del mar y las aves del cielo, el ganado, las fieras de la tierra, y todos los animales que se arrastran por el suelo”. Y Dios creó al ser humano a su imagen; los creó a imagen de Dios, los creó varón y mujer. Y los bendijo, diciéndoles: “Sean fecundos, multiplíquense, llenen la tierra y sométanla; dominen a los peces del mar, a las aves del cielo y a todos los vivientes que se mueven sobre la tierra”. Y continuó diciendo: “Yo les doy todas las plantas que producen semilla sobre la tierra, y todos los árboles que dan frutos con semilla: ellos les servirán de alimento. Y a todas las fieras de la tierra, a todos los pájaros del cielo y a todos los vivientes que se arrastran por el suelo, les doy como alimento el pasto verde”. Y así sucedió. Dios miró todo lo que había hecho, y vio que era muy bueno. Así hubo una tarde y una mañana: este fue el sexto día.

Así fueron terminados el cielo y la tierra, y todos los seres que hay en ellos. El séptimo día, Dios concluyó la obra que había hecho, y cesó de hacer la obra que había emprendido. Dios bendijo el séptimo día y lo consagró, porque en él cesó de hacer la obra que había creado. Este es el origen del cielo y de la tierra cuando fueron creados (Gn. 1,1 – 2,4^a).

*¡Señor, nuestro Dios,
qué admirable es tu Nombre en toda la tierra !
Quiero adorar tu majestad sobre el cielo:
con la alabanza de los niños
y de los más pequeños,
erigiste una fortaleza contra tus adversarios
para reprimir al enemigo y al rebelde.
Al ver el cielo, obra de tus manos,
la luna y las estrellas que has creado:
¿qué es el hombre para que pienses en él,
el ser humano para que lo cuides?
Lo hiciste poco inferior a los ángeles,
lo coronaste de gloria y esplendor;
le diste dominio sobre la obra de tus manos,
todo lo pusiste bajo tus pies;
todos los rebaños y ganados,
y hasta los animales salvajes;
las aves del cielo, los peces del mar
y cuanto surca los senderos de las aguas.
¡Señor, nuestro Dios,
qué admirable es tu Nombre en toda la tierra (Sal. 8)*

Alégrense, trabajen para alcanzar la perfección, anímense unos a otros, vivan en armonía y en paz. Y entonces, el Dios del amor y de la paz permanecerá con ustedes. Salúdense mutuamente con el beso santo. Todos los hermanos y hermanas les envían saludos.

La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo permanezcan con todos ustedes (2 Cor. 13,11-13).

En aquel tiempo, los once discípulos fueron a Galilea, a la montaña donde Jesús los había citado. Al verlo, se postraron delante de él; sin embargo, algunos todavía dudaron. Acercándose, Jesús les dijo: “Yo he recibido todo poder en el cielo y en la tierra. Vayan, y hagan que todos los pueblos sean mis discípulos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a cumplir todo lo que yo les he mandado. Y yo estaré siempre con ustedes hasta el fin del mundo (Mt. 28, 16-20).

¿Cómo hablar de la Trinidad?

Hoy, quien predica debiera hablar con el rostro transfigurado de luz. Utilizar el lenguaje de los místicos. O tomar en préstamo los colores de Andrés Rublev, que con su ícono de la Trinidad Santísima ilustra nuestros ruegos por la unidad de la Iglesia en este 2002. Este ícono fue creado por el monje ruso Andrés Rublev, que vivió entre 1360-1430, representa la visita de tres personajes sagrados a Abraham quien los recibe según Génesis 18, 1-15. La figura glorificada en luz, a la izquierda, representa al Padre Santo. La figura en el centro, vestida con una túnica púrpura con una capa azul, que mira hacia la izquierda, al Padre, y extiende su mano bendiciendo la copa de la Eucaristía, representa al Jesucristo. La que está a la derecha y que extiende su mano hacia la copa *para que nosotros que recibimos el Cuerpo y la Sangre del Señor vivamos para alabar su gloria* es el Espíritu Santo. El artista intenta hacernos comprender que hablar de la Trinidad Santísima no es expresar una verdad intelectual ni brindarnos una proclama, se trata de la revelación de Dios. Nos vemos abrazados, arropados por el misterio. La Trinidad no es un rompecabezas, son los brazos de Dios que nos abrazan por la gracia mediante la fe.

La comunidad eclesial, ícono de la Trinidad

San Cipriano, padre de la Iglesia, obispo de Cartago y mártir del siglo 3, afirmaba que la Iglesia se presenta como *un pueblo reunido en la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo*. Cuando hablamos de la Iglesia preferimos hablar de propósitos y estatutos, de orden y estructura, de moral, no se nos ocurre relacionarlo con la Trinidad. La vida de la Iglesia local y universal es un **ícono** de la Trinidad, una imagen que nos hace partícipes y participa a otros la realidad trinitaria, fuente y realización plena del amor. No hay un Dios solitario, él es comunión, unidad en la diversidad. No hay lugar en él para el autoritarismo ni para la anarquía y el partidismo. Sólo el modelo de la Trinidad nos permite desarrollar la unidad en la diversidad dentro de la comunidad eclesial, una interdependencia al servicio de la verdad, Jesucristo mismo, que nos hace libres.

La estructura por supuesto que es necesaria; como lo es el esqueleto para nuestro cuerpo, está al servicio de la circulación de la vida y del amor, de la alegría y de la animación, como nos dice San Pablo en la segunda lectura de hoy.

Comunicación y comunión

Son dos los elementos que constituyen la Iglesia local y universal y que siguen el modelo de relación de la Santísima Trinidad:

1. La Iglesia a todo nivel debe ser transparente. La claridad es un valor que se cultiva y custodia, donde la limpieza física y espiritual es la otra cara de la pureza, donde el lenguaje intenta ser claro y simple, donde no se teme a la verdad. Donde a cada uno se le reconoce el derecho a expresarse con libertad y donde cada uno tiene el coraje de hacerlo y respeta a los demás el mismo derecho. Donde las murmuraciones, el pensar

y hablar mal de otros, el chismerío, son suplidos por la claridad en la expresión y, sobre todo, por el mutuo respeto y el amor fraterno. Donde hay lugar para la docilidad y el sentido de responsabilidad, para obedecer y para asumir iniciativas y el costo de llevarlas adelante. Hay lugar para la fidelidad y para las ideas, para los aplausos y para las críticas.

2. La comunidad local y universal de fe no pueden contentarse con ser eso: comunidad, sino que deben llegar a ser comunión. *Que el Dios de la constancia y del consuelo les conceda tener los mismos sentimientos unos hacia otros, a ejemplo de Cristo Jesús, para que con u solo corazón y una sola voz, glorifiquen a Dios, el Padre de nuestro Señor Jesucristo (Rom. 15,5-6).* La comunidad no es un simple juntarse, como dice nuestra carta de San Pablo: *Alégrense, trabajen para alcanzar la perfección, anímense unos a otros, vivan en armonía y en paz... Salúdense mutuamente con el beso santo (2 Cor. 13,11,12a).* El propósito fundamental no es el orden, ni siquiera el funcionamiento de obras, comités y grupos, tampoco cumplir con las leyes del estado –aunque todo eso tengo su propio y bendito lugar-, sino que lo realmente importante es la comunión de las personas en el amor, *entonces el Dios de la paz permanecerá con ustedes (2 Cor. 13,11b).*

La Iglesia, todos nosotros, hemos de ser signo significativo que refleje el amor trinitario, que revele dentro de nuestra comunidad de fe y a través de cada uno de nosotros ese amor de la Trinidad Santísima. Si por la gracia de Dios no intentamos vivir y crecer en ese amor seremos un espejo nublado que no refleja ninguna imagen, que no anuncia el amor salvador de Cristo al mundo.

El tema trinitario nos lleva al compromiso. Por eso lo dejamos en las nubes, lo vemos entre las nubes, nos asusta el compromiso. Hablemos de la Trinidad, tenemos derecho a saber para asumir las consecuencias del amor que se manifiesta en la Trinidad Santísima, para mostrarlo en nuestra manera de vivir unos con otros en la comunidad cristiana, la Iglesia, la congregación. No nos escondamos tras el misterio, vivamos ese amor por la gracia de Dios Uno y Trino, por la infusión del Espíritu Santo que celebramos el Domingo pasado.